

EL SECUESTRO TERRORISTA DE LOS MEDIOS DE INFORMACION

CARLOS SORIA
JUAN ANTONIO GINER

1. EL SECUESTRO TELEVISIVO DE BEIRUT

Katharine Graham, propietaria y Presidenta del *Washington Post* fue invitada el 6 de diciembre de 1985 a pronunciar en Londres una conferencia sobre "Información y Terrorismo". En el transcurso de su intervención mantuvo que "existe un peligro real de que el terrorismo no sólo secuestre aviones y rehenes, sino que también secuestre a los medios de comunicación" (1).

¿Se trata de un "peligro real" o, más bien, de una realidad peligrosa?

Beirut, 11 de Junio de 1985. El vuelo TWA 834, en ruta de Atenas a Londres, es desviado por una banda de terroristas armados que fuerzan al aterrizaje de la nave en el aeropuerto de la capital de Líbano.

Cuando el aparato toma tierra sólo hay en Beirut dos corresponsables norteamericanos de televisión.

Diecisiete días después, cuando los 39 pasajeros son liberados, el número de periodistas supera los trescientos, y sólo una cadena, la ABC, tiene un equipo compuesto por 30 personas trabajando las 24 horas del día (2).

El miércoles 19 de junio, Charles Glass, corresponsal de la ABC en Londres, que acaba de llegar a Beirut para dirigir la cobertura informativa del secuestro, negocia con los terroristas y es autorizado a entrevistar desde la pista, con una cámara, a tres de los tripulantes del avión. A gritos, durante casi 4 mi-

nutos, Glass habla con un capitán que aparece encañonado por la pistola amenazante de uno de los secuestradores. Ocho días más tarde, el mismo periodista negocia con los secuestradores realizar una entrevista durante 45 minutos, en un restaurante junto a la playa, al sur de Beirut, a tres de los rehenes. El encuentro tiene lugar bajo la mirada vigilante de los terroristas que asisten a la entrevista empujando sus ametralladoras (3).

La *Cable News Network* (CNN), la emisora de televisión que transmite sólo noticias las 24 horas del día, suprimió durante varios días todos sus espacios habituales y no cesó de informar, la mayoría de las veces desde Beirut y en directo, sobre el desarrollo del secuestro. Un día consiguen entrevistar a varios de los terroristas y, en directo, retransmiten sus declaraciones y exigencias coactivas a todos los hogares norteamericanos, entre ellos a la Casa Blanca que, así, se entera de la postura de los chifitas (4).

Paul Johnson hizo entonces esta reflexión: "más importantes que las pistolas o las bombas, las armas más poderosas de un terrorista son nuestras cámaras de televisión" (5). Y la revista *Time*, en su número del 15 de Julio de 1985, llegó a calificar la situación como un "dramático secuestro co-producido por televisión y terroristas".

Conforme la crisis se prolongaba, los políticos perdían credibilidad mientras los periodistas iban ganando protagonismo. Una noche, Ted Koppel está entrevistando en la ABC

al ministro de Defensa de Israel, Isaac Rabin. Ante el tono de sus preguntas, el político interrumpió al periodista y se ve obligado a decirle: "Yo no estoy negociando con usted" (6). John Corry escribió entonces en el **New York Times** que los presentadores de los telediarios se habían convertido en diplomáticos. Mutación profesional que lleva a otro periodista, David Hartman, a preguntar en una entrevista a Nabih Berri: "Finalmente, ¿quiere usted decir algo al Presidente Reagan esta mañana?" (7).

En aquella loca carrera informativa, la NBC se aseguró, mediante pago, el acceso exclusivo a las declaraciones de los familiares de seis de los secuestrados durante los días que duró el cautiverio. Y cuando los rehenes iban a ser liberados, la NBC proporcionó a estas mismas familias un billete de avión de primera clase para cruzar el Atlántico y reencontrarse en el aeropuerto de Frankfurt con sus familiares secuestrados. Eso sí, todo ello siempre con las cámaras de la NBC filmando en "exclusiva" (8). El columnista del **Washington Post**, George Will, calificó estas prácticas como una auténtica "pornografía del dolor" (9).

La revista **Newsweek** recibió incluso una oferta de los secuestradores: previo pago de 1.000 dólares, estaban dispuestos a permitir que uno de sus redactores pudiera dar un paseo por la cabina del avión donde permanecían los secuestrados. Los mismos terroristas "subastaron" más tarde una sesión con los prisioneros, esta vez al precio de 12.000 dólares (10).

¿Será verdad —como ha llegado a afirmarse— que "mientras las guerras atraen a los periodistas, los periodistas atraen a los terroristas"? (11). Para Stephen Klaidman, aquellos sucesos de Beirut demostraron, sin duda, la facilidad con que los terroristas hacen de la televisión su cómplice y tienen en sus manos a los periodistas (12). Paul Johnson fue también muy claro y contundente. Habló en esas fechas de la "naturaleza amorosa" de la televisión (13), señalando que su insensibilidad en estas situaciones de crisis se debía a la carencia de tradición periodística: "su ética está sin desarrollar y eso es lo que la convierte en cómplice culpable de los crímenes más crueles y peligrosos de nuestra época" (14). A su juicio, la televisión muestra habitualmente un "insaciable apetito por los dramas de la vida real, la violencia y el espectáculo de la humanidad en momentos de angustia" (15). Paul Johnson terminaba su requisitoria señalando la rapidez

con que las cámaras difundieron la idea de que los rehenes estaban siendo tratados bien. Lo que no se difundió —dirá Johnson— fue la imagen del cadáver del soldado apaleado y asesinado por los terroristas: de eso no hubo imágenes; informativamente, ese muerto nunca existió.

2. SEIS PROPUESTAS PRACTICAS

Jonathan Alter, Redactor-Jefe del semanario **Newsweek** propuso en aquellos días del secuestro de Beirut seis posibles pautas de conducta para la información televisiva de análogos incidentes terroristas (16). Estas son sus propuestas:

1a. Las filmaciones de secuestros terroristas deben ser compartidas mediante la constitución de un "pool" informativo que evite la escalada de exclusivas que sólo favorece a los intereses de los secuestradores.

2a. No se deben realizar emisiones en directo porque se convierte a los terroristas en directores del programa.

3a. Hay que dejar en paz a las familias de los rehenes. No deben ser también secuestradas y acorraladas informativamente por las cámaras, con tomas que intensifican el clima dramático y emocional sin contribuir a la solución del problema.

4a. No conviene interrumpir las emisiones regulares con breves informaciones urgentes de última hora, muchas veces, muy poco confirmadas. En último extremo, siempre será preferible informar a los espectadores sobreamplificando los mensajes en la pantalla.

5a. Cuando se realizan entrevistas autorizadas con los rehenes, el periodista debe explicar a los espectadores que aquel rehén es una persona secuestrada y no formularle preguntas ideológicas o políticas, que siempre estarán condicionadas por la presencia de los secuestradores.

6a. Silenciar informativamente los seudo-acontecimientos que se suelen orquestar ante las cámaras: manifestaciones de protesta promovidas por grupos que apoyan a los terroristas, o, en general, todo tipo de noticias prefabricadas con el único fin de alcanzar su difusión a través de los grandes medios informativos.

Como es evidente, los problemas que plantea la información sobre el terrorismo no repercuten sólo en el medio televisivo; afectan a todo tipo de medios de información. Es más: puede decirse que la información sobre

el terrorismo —al poner en relación primordial los derechos humanos, como son el derecho a la información, el derecho a la vida, el derecho a la libertad y el derecho a la paz— nos sitúa en una cuestión límite desde la perspectiva ética y jurídica, que trasciende por sus características el discurso clásico sobre la violencia (17).

La violencia terrorista no es, ciertamente, un fenómeno nuevo. La voz "terrorismo" aparece ya recogida en la edición de 1798 del Diccionario de la Academia Francesa. Los años del "reino del terror" en la Francia de Robespierre inauguran una práctica de violencia política —en este caso de "terrorismo de Estado"— que pronto se apropiarán otras minorías radicales y revolucionarias: grupos marginales, movimientos anarquistas, camarillas fanáticas.

Sin embargo, quizás no les falta razón a los que mantienen la tesis de la estrecha simbiosis entre terrorismo y medios de comunicación: no se puede ignorar que la aparición y desarrollo de los grandes medios de información, especialmente de la televisión, ha influido en este "SIDA de las relaciones internacionales" (18), como ha llamado al terrorismo José María Carrascal.

Nadie ha plasmado mejor esa supuesta complementariedad entre medios informativos y terrorismo que aquel viejo periódico anarquista editado en San Francisco llamado **The Truth**, que se anunciaba entre su clientela revolucionaria con este mensaje: "The Truth cuesta dos centavos el ejemplar; la dinamita, 40 centavos la libra. Compre los dos: lea el uno y use la otra".

El terrorista se inspirará en aquel proverbio chino que dice: "Mata a uno y espantará a diez mil". Para conseguirlo, la acción violenta necesitará de testigos: los medios de comunicación se transformarán en la intención de los violentos en su vínculo de unión con las víctimas, enemigos y público (19).

Hay por otra parte, una escalada terrorista. El reciente estudio titulado "El curso futuro del terrorismo internacional" así lo confirma (20).

Desde 1972, tras el atentado en la villa olímpica de Munich, los incidentes terroristas —afirma en este estudio Brian M. Jenkins— se han multiplicado en una progresión anual del 12 al 15 por ciento (21).

La simbiosis medios informativos-terrorismo ha facilitado su impulsión transnacional, la multiplicación y arraigo de las actitudes

y hechos terroristas en otros lugares. Se llega así al "continuo" sociológico de la violencia, a la "comunicación universal de la violencia" (22).

3. LA DIFUSION DE LA VIOLENCIA

Ya a finales del siglo pasado y comienzos del presente, los criminólogos europeos trataron de establecer las posibles causas externas que explicaran la conducta criminal de los delincuentes. Gabriel Tarde, primero, y Gustavo Le Bon, después, pusieron en circulación las nociones de "contagio" e "imitación".

Tarde cita en uno de sus libros la frase siguiente que había hecho fortuna ya por aquella época: "si las infecciones epidémicas se extienden con el aire o con el viento, las epidemias del crimen siguen la línea del telégrafo" (23).

Para muchos de nuestros contemporáneos, esa ley de propaganda de la violencia se hace realidad cotidiana a través de las pantallas de televisión. Las olas de secuestros de aviones, los suicidios al estilo "bonzo", como cualquier otra moda, se propagan hoy vertiginosamente a través de pueblos, naciones y continentes. Gracias a los satélites de comunicaciones el mundo se ha convertido en una vulnerable "aldea global". Así, mientras el asesinato de Lincoln en 1865 tardó semanas y aún meses en saberse, el magnicidio de Kennedy en 1963 fue conocido por el 70 por ciento de los norteamericanos en menos de media hora. Más de 800 millones de espectadores pudieron contemplar aterrorizados la masacre de los atletas judíos en la Olimpiada de Munich.

* * * * *

El secuestro y asesinato del político italiano Aldo Moro, tras 55 días de enorme tensión, puso a prueba los recursos éticos y profesionales de los periodistas de aquel país mediterráneo. Nuestros colegas se vieron desde el primer momento sometidos al cerco de unas "Brigadas Rojas" que conocían muy bien las estrategias más sofisticadas de la publicidad mediante el chantaje de la violencia terrorista (24). Dos elementos caracterizaron en general la información suministrada: por una parte, la obsesiva reiteración de los hechos que acompañaron al secuestro con un lujo de detalles que sólo servía para crear en el público un estado de ansiedad y de angustia; por otro lado, la invención continua de

hipótesis explicativas de los motivos y finalidades de la acción terrorista, la mayoría al menos infundadas.

A los pocos días del secuestro, el diario de Milán, *Il Corriere della Sera* realizó una encuesta cuyas respuestas son una muestra representativa de las principales posiciones de la prensa frente al desafío terrorista.

Para el teórico de la comunicación, Marshall McLuhan era necesario "reducir al máximo el espacio dedicado a los terroristas" ya que, en su opinión, la prensa y la televisión eran su caja de resonancia. Había que proceder al "apagón informativo", aunque fuera un shock, porque sería "un shock beneficioso" (25).

En el extremo opuesto, el Director de *Tribuna Política*, Jadel Jacobelli, consideraba impropio que la violencia se silenciara; lo ético, a su juicio, era informar, ya que el silencio informativo era, a su vez, otra forma de violencia (26).

Finalmente, para el fundador del diario *Le Monde*, de París, Hubert Beuve-Mery, había que reconducir todo el conflicto informativo a las coordenadas propias de "un problema de deontología en tiempo de guerra". Es deseable—decía— que la solución no venga impuesta por el gobierno, sino que sea el resultado del autocontrol de los periodistas, capaces de resistir la tentación de informar a cualquier precio (27).

Estas son verdaderamente las opciones fundamentales: la tesis del silencio o la tesis de la información; la tesis que hace de la información el máximo derecho y el máximo deber, o la tesis que considera el derecho a la vida y el derecho a la paz como derechos prioritarios sobre la información; la tesis de la información vista desde los terroristas, o la tesis de la información vista desde las víctimas y el público.

4. TRES PRINCIPIOS BASICOS

Aceptemos, para avanzar, aquel prudente consejo de los filósofos medievales que dice así: "negar nunca, afirmar rara vez, distinguir siempre". Distingamos, pues.

A. En principio y como regla general, debe rechazarse la tesis del silencio:

a) En un sistema abierto, de información libre y competitiva, el silencio resulta inviable. No es posible poner puertas al campo.

b) El silencio puede resultar contraprodu-

cente al desatar rumores, levantar sospechas y alimentar así un clima de incertidumbres que sólo beneficiaría a los terroristas. La desinformación, el bulo y el rumor prepararían mejor la dictadura del miedo.

c) Lejos de eliminar el problema, el silencio tal vez lo agravaría. "No se tienen pruebas concluyentes—subraya Katharine Graham— para afirmar que los atentados terroristas terminarían si los medios informativos dejaran de informar sobre ellos. Por el contrario, piensan los especialistas que con el silencio los actos terroristas aumentarían en número, alcance e intensidad" (28).

d) Hay todavía algo más. El informador puede encontrarse ante ciertos tipos de terrorismo—como ocurre con el terrorismo de Estado— que aspiran precisamente a pasar ocultos, a no darse a conocer. Es evidente que en todos estos casos, lo más conforme a la ética, y a la defensa del derecho a la vida, a la paz, y a la información, es sacar a la luz, informar públicamente de ese terrorismo tenebroso y oculto (29).

B. La tesis del silencio, sin embargo, tiene justificación en determinadas circunstancias excepcionales:

a) Ante los grupos terroristas desconocidos, o cuya importancia se desconoce. En sus iniciales escaramuzas, este tipo de terrorismo persigue darse a conocer, situarse adecuadamente en el trágico mercado de la violencia. Pero hasta que se tenga el criterio necesario para discernir la importancia del grupo terrorista, hay que extremar la prudencia informativa. Como ha señalado Laqueur, grupos terroristas de una docena de miembros se describen a veces como ejércitos; a grupos prácticamente inexistentes se les ha proporcionado una publicidad escandalosa (30).

b) El silencio se impone también, en ocasiones, cuando están en peligro vidas humanas. Ante secuestros, tomas de rehenes, detenciones ilegales, o intimidaciones, los medios de comunicación tienen la grave responsabilidad de actuar con extrema cautela.

Puede ser conveniente en estos casos llegar a soluciones pactadas entre la policía y los medios informativos, que contribuyan desde el ámbito policial e informativo a no aumentar innecesariamente el riesgo en que se encuentran unas vidas humanas. Estos acuerdos intentan establecer unas reglas claras de funcionamiento, que obliguen por igual, en su caso, al gobierno, los políticos, la policía y

los informadores. El pacto no puede servir tampoco al gobierno o a la policía para ocultar sus eventuales errores, pero también los medios han de actuar con lealtad para evitar suspicacias en la esfera política o policial. Sería sorprendente que los periodistas pretendieran imponer un "silencio informativo" a las autoridades y al mismo tiempo desvelaran ante el gran público (entre el cual están los mismos terroristas) pistas y circunstancias que abortaran la solución pacífica de una crisis.

C. Informar sobre el terrorismo, tiene, en todo caso, sus propias exigencias éticas.

La violencia, el terrorismo, las violencias todas, precisamente por su carácter anti-humano, golpean a todo espíritu sensible y obligan a plantearse con seriedad cuestiones límites y fundamentales, también en el campo informativo. En definitiva, lo que plantea de verdad el tema de la información sobre terrorismo es un verdadero discurso crítico sobre la ética de los informadores. En primer término, porque, como Cooper advierte, "si los medios se contemplan a sí mismos como una parte del problema, entonces estarán en camino de convertirse en una parte importante de la solución" (31). Pero, además, ese discurso crítico pone en evidencia que algunos principios que inspiran el trabajo profesional de buena parte de los informadores del mundo actual entran en crisis cuando se enfrentan con el desafío informativo terrorista. Me refiero especialmente al culto al objetivismo ante hechos prefabricados, y al culto mimético respecto a las fuentes de información.

5. EL MIMETISMO DE LOS MEDIOS

Cuando las primeras noticias de atentados o secuestros terroristas irrumpen en las redacciones, muchos periodistas —acostumbrados a comportarse como simple "espejos de la realidad"— se convierten en correas de transmisión de las partes enfrentadas en conflicto. Predisuestos a considerar como noticia todo aquello que acontece y es susceptible de ser informado, los medios de comunicación son fácilmente vulnerables ante la proliferación de pseudo-acontecimientos, o notivias prefabricadas.

Para Jacques Ellul muchos periodistas ven las noticias a través de unos cristales completamente transparentes, que carecen de la graduación necesaria para profundizar, ampliar y acercar la realidad a los ojos de un público al que se ofrece una visión chata del

mundo, sin relieve, peso ni proporciones (32).

Toda esta vulnerabilidad de los informadores se acentúa porque lo inesperado de los atentados terroristas acelera la toma de decisiones y fácilmente se hace realidad la vieja práctica de "escribir primero y pensar después". Tanto las Brigadas Rojas como el IRA conocen bien esta debilidad y la explotan a su favor cuando difunden sus comunicados pocos minutos antes de los "cierres" de los periódicos y de los telediarios, forzando así la publicación de informaciones que de otro modo hubieran sido matizadas, contrastadas o simplemente omitidas.

El periodista cae con frecuencia, además, en una peligrosa dependencia informativa, que significa un uso mimético de la misma terminología terrorista. Pero recoger la terminología terrorista en la descripción de los hechos, introduce un fuerte componente propagandístico, incluso cuando los términos aparecen entrecomillados: "intimidación por la acción", "ejecutados", "pena de muerte", "cárceles del pueblo", "impuesto revolucionario", "expropiación", "colaboradores", "comandos de información o de apoyo", "miembros legales", "guerra sucia", etc. son expresiones acuñadas por los violentos, cargadas de una fuerte significación antiética.

Esta actitud mimética explica que los medios no sean capaces de distanciarse de los acontecimientos y se limiten a repetir datos y circunstancias que nadie ha verificado. Edward Epstein ejemplifica este tipo de actitud con el caso de los **Panteras Negras**.

Cuenta qué tras la muerte de dos de sus militantes en un encuentro con la policía de Chicago, un portavoz del grupo declaró que las dos últimas víctimas "eran, de hecho, el vigésimo séptimo y vigésimo octavo panteras asesinados por la policía". El *Washington Post* informó el 9 de diciembre de 1969, sin citar la fuente, que "un total de **28 panteras** habían muerto en enfrentamientos con la policía desde el 1 de enero de 1968". La cifra fue reproducida acriticamente por todos los medios, corroborando así lo que Ralph Abernathy consideraba como "un premeditado genocidio en esta país". Cuando un periodista se tomó la molestia de investigar por su cuenta, descubrió que sólo aparecerían evidencias de 19 muertos y que de éstos únicamente en dos casos la muerte se había producido durante enfrentamientos con las fuerzas del orden; y que, además, el número de policías muertos en esos choques era mayor que el de **Panteras Negras** (33).

Si examinamos la calidad del trabajo informativo en el tratamiento de los fenómenos terroristas descubriremos que muchas de estas críticas son incontestables. Quizás, habrá que concluir con Paul Johnson que "el problema radica en los periodistas: en sus falsos valores, en su falta de formación, en su asombrosa despreocupación por la exactitud y su propensión a conducirse gregariamente en lugar de pensar por sí mismos" (34).

La gravedad del problema de la información sobre el terrorismo no puede justificarse tampoco la inhibición ética o las soluciones de escasa consistencia. El mundo de la información se convierte entonces, como ha escrito Hodding Carter, en "una selva ética en la que reina el pragmatismo, son escasos los principios aceptados sobre la práctica diaria, y muchos de sus habitantes se enorgullecen de la anarquía de sus contornos" (35).

Ha de haber, por el contrario, una interiorizada actitud ética que lleve a los informadores a desarrollar verdaderamente un periodismo para la paz. Se necesita entender que la violencia —en cualquiera de sus manifestaciones, no sólo la violencia física sino también la moral— no puede ser nunca (a pesar de las apariencias) un camino de solución para los problemas personales y sociales de los hombres. Una información para la paz lleva a desterrar la patética idea de que la única esperanza para solucionar los problemas humanos estriba en promover la lucha, los enfrentamientos, el odio y los resentimientos. Una información para la paz se asienta en una antropología esencialmente optimista que no olvida la radical dignidad del hombre ni le hace traición.

6. PASOS HACIA UN PERIODISMO PARA LA PAZ

Y en el trance de concretar algunas ideas centrales que vertebran un periodismo para la paz, bueno es atender este consejo de Nicholas: "cuanto menores y más breves sean las directrices, mejor" (36). Con este propósito, se formulan a continuación tres recomendaciones básicas al informar sobre el terrorismo:

1a. Rechazar el neutralismo informativo. Tal como se desarrolla el terrorismo contemporáneo, los medios de comunicación, al informar sobre él, difícilmente pueden ser neutrales. Conscientemente o inconscientemente su actitud será, de hecho, pro o anti-terrorista. El periodista está obligado a ras-

trear los indicios de verdad y no puede refugiarse en la cómoda postura del simple difusor de versiones interesadas, parciales o contradictorias. El **periodismo de calidad** exige capacidad de discernimiento, requiere juicios de valor y pide conclusiones precisas que clarifiquen los problemas. David Broder, columnista del **Washington Post** y Premio Pulitzer por sus brillantes análisis de política nacional, rechaza el neutralismo de quienes mantienen que "los hechos deben hablar por sí mismos". El periodista no puede limitarse a registrar las huellas de los acontecimientos sin someterlos a ningún filtro o prueba de contraste. Piensa Broder que "la selectividad es la esencia de todo el periodismo contemporáneo. Y la selectividad —añade— implica criterios y éstos dependen de los juicios". Por lo cual, concluye, "no hay periodismo neutral" (37).

Peter Jay, un antiguo redactor-jefe del **Times** de Londres ha escrito que no es posible "aislar los hechos y esterilizarlos fuera de su contexto"; por el contrario, "el porqué, el cómo y el cuándo son cuestiones tan fácticas como las cosas mismas" (38).

2a. Es necesario entender mejor la naturaleza misma del terrorismo para hablar de él de otra manera. El terrorismo conbranta abiertamente el primordial imperativo ético del "no matarás". La posibilidad de establecer posibles criterios sobre el tratamiento informativo del terrorismo arranca de una idea sencilla e innata que se ha formulado habitualmente así: el fin no justifica los medios. Pueden y deben entenderse las posibles causas del terrorismo. Pueden y deben entenderse los problemas reales que, quizás, presten algún soporte a la violencia terrorista. Puede y debe entenderse el terrorismo, pero no debe haber el menor espacio para justificarlo. Queda finalmente por advertir que el terrorismo es un "lenguaje violento", que supone, como afirma Spaemann, una crispación de la ética (39). Hay que dejar de informar sobre el terrorismo —subraya Jorge de Vicente— desde la perspectiva de los terroristas y hacerlo desde sus víctimas. Y desde las víctimas, el terrorismo es sufrimiento puro, horror desnudo, muertes sin sentido (40).

Y 3a. El terrorismo requiere un periodismo de precisión. El carácter espectacular de los acontecimientos terroristas disloca muchas veces la capacidad de análisis de las redacciones, y la furia de los violentos produce cortocircuitos informativos que se traducen en una versión de los hechos donde prima lo llamativo sobre lo importante. Irving Kristol,

editor de **The Public Interest**, ha criticado muy duramente la precipitación y el tremendismo de los medios de información en esos momentos de pánico cuando la gente acude a ellos precisamente en busca de una ayuda que a veces no prestan. Así ocurre cuando los medios informativos tienden a cultivar el pánico y las crisis como una planta que se inclina hacia la luz del sol (41).

Cuatro titulares sucesivos del **New York Post** de Rupert Murdoch ejemplifican ese "periodismo de imprecisión". En 1979, tras el accidente nuclear de la Isla de las Tres Millas, el **Post** encadenó estas cuatro primeras páginas: Primer día: LA NUBE NUCLEAR SE EXTIENDE. Segundo día: FUGA NUCLEAR ESCAPA A TODO CONTROL. Tercer día: CARRERA CONTRA EL DESASTRE NUCLEAR. Y el cuarto día, cuando, según lo anunciado, difícilmente se podía esperar nada positivo, los editores titularon: LA PERSPECTIVA ES BUENA.

Esta clase de "periodismo parkinsoniano" está en la base de muchas de las crisis de credibilidad que tanto parecen preocupar a los medios informativos.

Hay un periodismo para la paz que mantiene y enseña públicamente la diferencia ética que existe entre los diversos fines y los diversos medios que adoptan los diferentes grupos sociales.

La función pacificadora de los medios de información es incompatible con el nihilismo ideológico. Resulta poco menos que imposible querer mantener en un momento dado una actitud informativa ética respecto a la violencia y el terrorismo si la tónica de fondo, en otros muchos momentos, ha sido transmitir una imagen sórdida del hombre, sin horizontes ni destino, triste, con la tristeza amarga de una trascendencia material.

La actitud en favor de la paz ha de traducirse en una nueva sensibilidad informativa, que tiene estos síntomas: el propósito de avanzar hacia formas de vida más humana, donde la paz sea la consecuencia de una lucha por la justicia —también por la justicia informativa—; la nueva valoración de la familia; el respeto a la verdad y a la intimidad de las personas; el recurso a la imaginación creadora para superar el conformismo; la defensa de la vida; la denuncia de la manipulación y de los pseudo valores culturales; la apertura a una nueva estética vinculada a la auténtica ética. Una nueva sensibilidad que lleve, en fin, a recusar la cultura antropológica de muerte y a

volver a una renacida cultura de la vida.

NOTAS

- (1) GRAHAM, Katharine, "The Media and Terrorism: Coverage Should Be Complete and Reasonable", **International Herald Tribune**, 10-11 Diciembre 1985, p. 6.
- (2) "Media Vigil for Hostages of Flight 847", **Broadcasting**, 24 Junio 1985, p. 33-34.
- (3) **Idem**.
- (4) BASTERRA, Francisco, "La crisis de los rehenes y la televisión norteamericana", **El País**, 4 julio 1985, p. 58.
- (5) JOHNSON, Paul, "Freedom to kill", **The Spectator**, 6 julio 1985, p. 18.
- (6) BASTERRA, **Ibidem**.
- (7) **Time**, 15 julio 1985, p. 26.
- (8) BASTERRA, **Ibidem**.
- (9) JOHNSON, **Ibidem**.
- (10) **Newsweek**, 8 julio 1985, p. 13.
- (11) SCHMID, Alex P. y GRAAF, Janny de, **Violence as Communication: Insurgent Terrorism and the Western News Media** Sage, Londres 1982, p. 19.
- (12) Citado por **Broadcasting**, 1 julio 1985, pp. 27-28.
- (13) JOHNSON, **Ibidem**.
- (14) **Idem**.
- (15) **Idem**.
- (16) **Newsweek**, 15 julio 1985, p. 22.
- (17) SORIA, Carlos, "Ethos informativo y terrorismo", **Revista General de Legislación y Jurisprudencia**, enero 1980, especialmente pp. 3-10.
- (18) **ABC**, 19 diciembre 1985, p. 39.
- (19) "Para el terrorista lo que importa es el mensaje no la víctima": Schmid y Graaf, **op. cit.**, p. 14.
- (20) Sobre el tema, vid. J. B. Bell y T.R. Gurr, **Terrorism and Revolution in America, en Violence in America: Historical and Comparative Perspectives**, a cargo de H. D. Graham y T.R. Gurr, Sage, Beverly Hills 1979; y **Terrorismo e violencia política. Tre casi a confronto: Stati Uniti, Germania e Giappone**, a cargo de D. della Porta y G. Pasquino, Il Mulino, Bologna 1983.
- (21) **International Herald Tribune**, 5 diciembre 1985, p. 5.
- (22) COTTA, Sergio, "Las raíces culturales de la violencia", en **Nuestro Tiempo**, No. 235, 1974, p. 33.
- (23) Citado por Philip Schlesinger, Graham Murdock y Philip Elliot, **Television Te-**

- rorism: **Political Violence in Popular Culture**, Comedia, London, 1983, p. 141.
- (24) GUERRA, P., **Terrorismo e informazione: il caso Moro sulla stampa quotidiana**, Tesis Doctoral, Facoltà di Scienze Politiche, Universidad de Turín 1978.
- (25) Cfr. SILJ, Alessandro, **Brigate Rosse-Statto**, Vallecchi, Florencia 1978, p. 41.
- (26) *Ibidem*, p. 38.
- (27) *Ibidem*, p. 37.
- (28) GRAHAM, *Ibidem*.
- (29) BOWYER BELL, J., **A Time of Terror: how Democratic Societies respond to Revolutionary Violence**, Basic Books, Nueva York 1978; Hans-Dieter Schwind y otros, **Ursachen des Terrorismus**, Berlin 1978.
- (30) LAQUEUR, Walter, **Terrorisme**, París 1979, pp. 120-121.
- (31) COOPER, H.H.A., "Terrorism and the Media", en **Terrorism Interdisciplinary Perspectives**, a cargo de Yonah Alexander y Seymour Maxwell Finger, John Jay Press, New York, 1977, p. 154.
- (32) ELLUL, Jacques, "Preconceived Ideas About Mediated Information", en **The Media Revolution in America & Western Europe**, Everett M. Roger & Francis Baile, Ablex, Norwood (New Jersey), 1985, pp. 95-107.
- (33) EPSTEIN, Edward, **Between Fact and Fiction: The Problem of Journalism**, Vintage Books, Nueva York 1975, pp. 34, 41 y 76.
- (34) JOHNSON, Paul, "Fleet Street's Black Hole", **The Spectador**, 11 mayo 1985, p. 18.
- (35) Cfr. Robert Schmuhl (ed), **Las responsabilidades del periodismo**, Mitre, Barcelona, 1985, pp. XI-XII.
- (36) **UK Press Gazette**, 7 Octubre 1985, p. 12.
- (37) GRAUER, Nel A., **Wits and Sages**, The Johns Hopkins University Press, Baltimore 1984, p. 102.
- (38) JAY, Peter, **The Crisis of Western Political Economy**, André Deutsch, London 1984, p. 250.
- (39) SPAEMANN, R. "Moral y Violencia", en **Crítica de las utopías políticas**, Eunsa, Pamplona 1980, pp. 143-185.
- (40) VICENTE ARREGUI, Jorge, "Violencia y Comunicación", Seminario Interdisciplinar sobre Filosofía de la Comunicación, Universidad de Navarra, 1984.
- (41) SCHMUHL, *op. cit.*, p. 123.

MEDIOS DE COMUNICACION Y ASESINATOS EN MASA

P. SAINATH

El periodismo de la era atómica se inició con un comunicado de prensa. Eran las 10 de la mañana con 45 minutos del día 6 de agosto de 1945, cuando el Secretario de Prensa de la Casa Blanca se lo leyó a los reporteros en el curso de un informe a la prensa. Se les hizo saber que 16 horas antes se había soltado "una bomba" en la ciudad japonesa de Hiroshima. La bomba no era otra que la de uranio, a la que habían apodado "Little Boy" (El Nene). Se dijo a los reporteros que en ella se

había logrado someter "la fuerza fundamental del universo" y que era 2.000 veces más potente que el "Grand Slam" (El Portazo) inglés, hasta ese entonces la mayor bomba usada en la historia bélica de la Humanidad.

LA MAYOR MENTIRA PROPAGANDISTICA

A los reporteros se les dijo todavía otra cosa: que Hiroshima era "una importante base